

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 60.
Número suelto 4 rs.

NUM. 38.—SÁBADO 20 DE SETIEMBRE DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

LA FERIA DE MADRID EN LA CALLE DE ALCALÁ.

Mañana 21 de setiembre, día clásico en los anales madrileños, da principio (permitido ó no el tiempo) á aquella célebre y anual esposicion universal de nuestra industria y productos mas ó menos naturales, inertes y animados que llamamos las ferias de san Mateo y san Miguel, mercedes ambas que debemos los madrileños á la bondad y deferencia del señor don Juan el II de Castilla, por privilegio espedido en la villa de Valladolid á 18 dias del mes de abril de 1447, y en remuneracion y recompensa de haber tomado á Madrid las villas de Cubas y Griñon (que eran suyas) para dárselas á un su criado. ¡Qué magnanimidad!

El palacio de cristal preparado este año como los anteriores para aquella magnífica esposicion, es la hermosa y estendida calle de Alcalá, la principal y mas aristocrática de la villa, que ha sustituido en este prosáico destino á la antigua y famosa plazuela de la Cebada, donde se holgaban, ó mas bien se sofocaban nuestros mayores en iguales dias, y lucian sus bordados casacones, sus pelucas empolvadas, sus guarda-infantes y colillas, todo con el correspondiente acompañamiento de trastos y muñecos, melocotones y avellanas, méritos y servicios.—Allí, en aquel irregular aunque estendido recinto, sobre aquellas angulosas piedras, y al través de aquellos barrios apartados y bulliciosos, corrían á reunirse todas las tardes las notabilidades de la época, la juventud brillante, la hermosura, la grandeza y el lujo de las ostentosas cortes de los Carlos III y IV; y merced á las espreivas pinturas de Goya, todavia podemos formarnos una idea del interesante espectáculo que ofrecía tan inmensa, animada y clásica solemnidad.

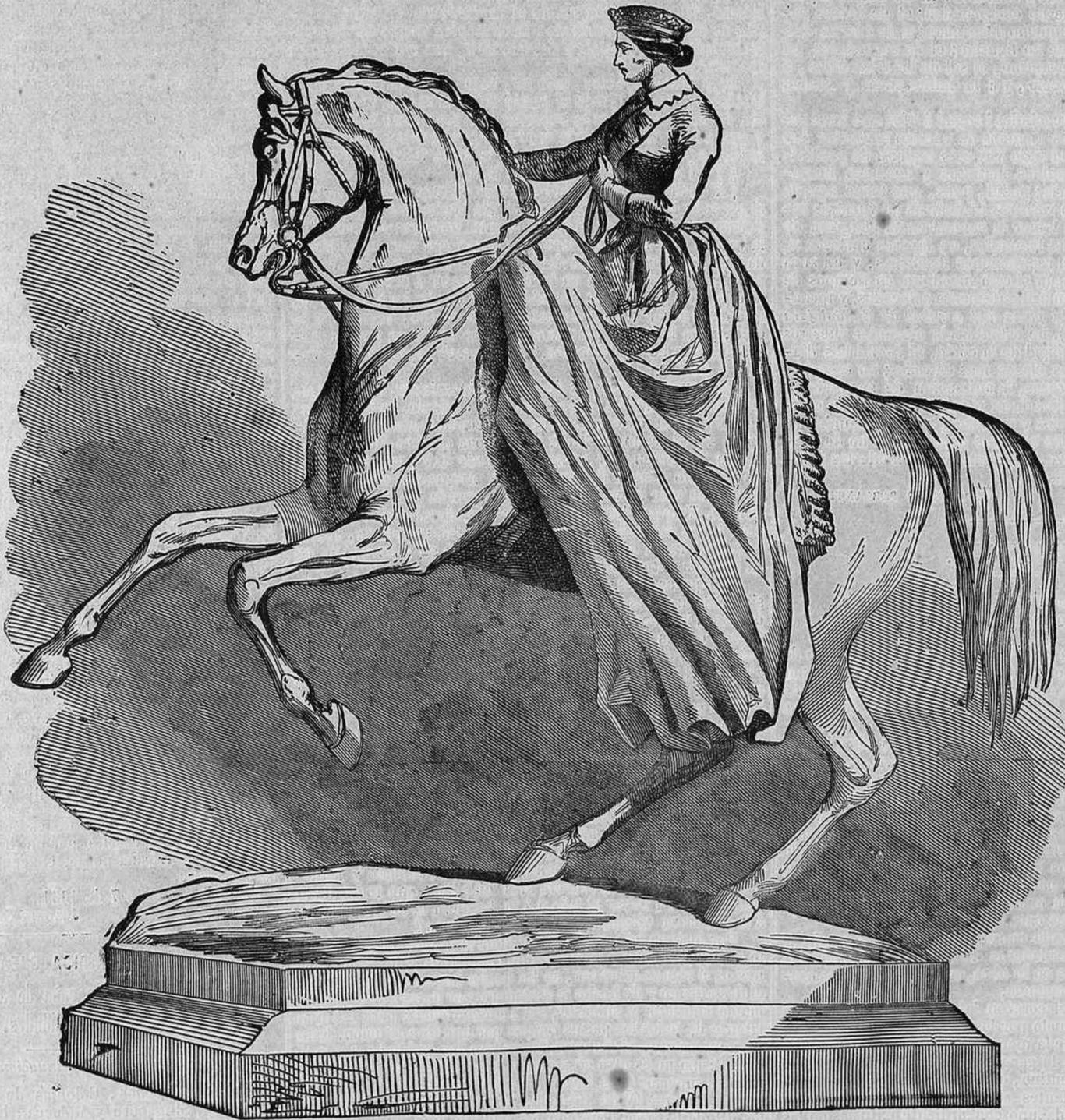
Hoy las luces del siglo la han desviado de su antiguo teatro, la han desnaturalizado algun tanto de su propio carácter, la han modificado, reglamentado, constituido, y hecho vestir el gaban nivelador. Todavía sin embargo, conserva algo de su originalidad primitiva, y presta digno asunto á los modernos Goyas para ejercer la magia de sus pinceles.

Por de pronto á la indisciplina é irregularidad del antiguo mercado ha sustituido cierto método lógico ó matemático en su disposicion material; los puestos ambulantes, los tinglados intercidentes, los cajones tiendas y baratillos improvisados desde los de melocotones aragoneses hasta los de muñecos y cachivaches del Tirol, desde las mantas de Palencia hasta los platos de Talavera, todos en el dia tienen su sitio señalado conveniente, especial, sujetos á línea, y en correcta formacion.—El teatro mismo de la feria ha ganado sin duda en magnificencia, y lleva tanta ventaja á la plazuela de la Cebada, como distancia media desde los antiguos corrales de comedias al novísimo y suntuoso Teatro Real.—Los progresos del buen gusto y las exigencias del lujo han crecido asombrosamente, y dado lugar á productos mas refina-

dos de la industria, á multiplicacion infinita del concurso mercantil. Por otro lado, la atmósfera pura y transparente de Madrid, el vivísimo sol de setiembre, la azulada bóveda que nos cubre, continua siendo el fondo obligado de aquel cuadro, y presta su espléndido colorido á la fisonomía especial de su conjunto.

Y sin embargo de todas estas ventajas, y al través de todas aquellas perfecciones, las famosas ferias madrileñas, las ferias francas de don Juan II, las que pintó Goya, describió Cruz, y satirizaron Iriarte, Salas y nuestra misma festiva pluma (1) han desaparecido ó estan como quien dice amenazadas de muerte natural.—En vano se las señala mas elegante y aun magnífico teatro; en vano se las pretende regularizar con reglamentos, se las dota con pintadas tien-

das, con lucida escolta, con bello arbolado, con anchas aceras, con alumbrado de gas; en vano la poblacion madrileña desde el mas encumbrado personaje de la corte hasta el antiguo manolo de Lavapiés, concurren periódicamente todos los dias á cruzar delante de aquella inmensa tienda, á llenar aquellos paseos, aquellas aceras, aquellas sillas, á lucir sus atavíos á la brillante luz del sol madrileño ó de los mecheros del gas.— Todo esto quiere decir que lo accesorio ha sustituido á lo principal; que la feria es el pretexto, y el paseo el objeto verdadero.— Pregúntese si no á los honrados mercaderes de la plaza y calles de Postas y de Toledo, á los antiguos covachuelos de san Felipe el Real, á los prenderos y chamarileros del Rastro, á los cuchilleros de Puerta Cerrada, á los librerios de la Trinidad, y á los alfareros de Alcorcon, si estan mas conformes con esta brillante *mise en scene* que con el antiguo y modesto *sans facon*; ó si prefieren las improvisadas almonedas de las calles de la Magdalena y de Toledo, el desbarajuste de la plazuela de la Cebada, al brillante concurso de la calle de Alcalá. Si les ha convenido cambiar su papel de actores de la feria por el de simples espectadores de los feriantes; si las escasas luces del siglo anterior producen, en fin, mayor esplendor en sus bolsi-



Estátua ecuestre de la Reina Victoria, espuesta en el Palacio de Cristal.

(1) ESCENAS MADRILEÑAS.

llos que todos los mecheros de la compañía madrileña. Pero admitida ya la ausencia del objeto primordial de la feria, que era en los siglos atrasados el trueque ó venta de efectos de moviliario, todavía á los ojos *financieros* encierra bastante de su carácter primitivo, para pesar suficientemente en la balanza mercantil.—Porque si de los objetos mudos pasamos á los vitales y animados, si de los muebles parados nos trasladamos á los ambulantes; si de los mercaderes de efectos á los efectivos mercaderes, todavía hallaremos que la feria matritense, aun bajo su carácter actual, tiene suficiente importancia y utilidad mercantil, si bien ha cambiado de artículos de consumo y ha dado otro giro á su razón comercial.

Porque ¿qué otra cosa que objetos de feria, *materia imponible* (como diría el Diccionario estadístico del señor Madoz) son, por ejemplo los espuestos por la ternura maternal, y consistentes en multitud de pimpollos femeniles de los 15 á los 20 de su edad, fruta de casa y artículos de fondo de su almacén?—¿Qué buscan en la feria de san Miguel tantas ataviadas bellezas, como ostentan sus primores, lucen su gracejo ó balancean su garabato, diestramente ensayadas al espejo, y con el *visto bueno* marital?—¿Qué tantos gallardos mancebos sentados á la sombra de los árboles, ó contoneando sus personas desde el Café Suizo á la esquina de Cas-aRiera?—¿Qué tantos hombres públicos y mugeres idem, ostentando en la esposicion ferial su alta importancia ó su cómoda mercancia; tantas beldades, prospectos ambulantes de *Monet* y *Armstrong* ó de *madame Perard*, tantos futuros héroes de glorias posibles, tantos ministros presuntos de opiniones en agraz?—Las mas tiernas en edad, y cuyos deseos infantiles se contentaban en los años anteriores con una muñeca de pasta, salen hoy día con el pensamiento de ferriarse por lo menos un muñeco de *verdad*.—Estos, que por su parte, abundan en aquel mercado, no se contentan si no adquieren uno ó mas de aquellos muebles de resorte y gracioso movimiento;—las altas notabilidades van á buscar aura popular;—los elevados personajes á vender protección; la beldad sus favores; el talento sus laureles, y la miseria sus servicios y adulacion.—Todos concurren á empeñar mutuamente en aquel gran mercado sus recursos respectivos; cuales sus galas; cuales sus personas; el uno su ingenio; el otro su industria; aquel su categoría, y aquel otro su favor ó influencia; todos acuden á aquel teatro cortesano ganosos de buscar lo que les falta por medio de trueque, trastueque, compra, venta, empeño, demanda, sólido arrimo, ó generosa protección.

Y al lado de este elevadísimo comercio, al través de aquellas sublimes combinaciones, ¿qué papel queda reservado á los mercaderes materiales de muebles y cachivaches, de libros y telas, de frutas y alfarería? El de tristes espectadores de un drama que no comprenden; el de únicos paganos de un mercado en que no despachan; el de adorno obligado de un teatro en que no figuran; el de esponentes, en fin, espuestos al viento levantino, al sol de los tabardillos, á los chubascos del equinoccio, y á la indiferencia y desden universal.

¡Oh desdichados mercachifles! rogad á Dios que haga retroceder las mentes á los tiempos de vuestro protector don Juan el II y que borre del siglo XIX este espíritu de positividad que hasta los mas nobles instintos y acciones humanas ha convertido en feria; pedid, pues, que torne aquella edad dichosa en que solo vosotros traficabais en vuestros ingeniosos artefactos, sin temer la concurrencia peligrosa de los que trafican en gracias femeniles, en favores cortesanos, en laureles y palmas, en reputaciones fosfóricas, y en aura popular! Acaso entonces, (y si esto sucediera en tiempos de ferias) no os hallaríais tan brillantemente colocados, y tornaríais tal vez á la modesta plaza del arrabal de Guadalajara (hoy de la Constitución), no ostentaría elegantes vuestros primores en la calle principal de la corte, ni recibiríais diariamente la visita de sus clases mas elevadas; no escucharíais el ruido de sus carrozas, la animacion de sus diálogos ni los interesantes episodios de su vida íntima: pero en cambio venderíais mas muebles y muñecos, mantas y pucheros, y llenaríais prosáicamente vuestros bolsillos, si no de brillantes monedas de relieve, por lo menos de modestas blancas, de tarjas y maravedís.

EL CURIOSO PARLANTE.

BIBLIOGRAFIA.

LECCIONES DE ELOCUCION PARLAMENTARIA POR D. JOAQUIN MARIA LOPEZ.

Bajo este título acaba de publicarse el segundo tomo de una obra sumamente importante por su objeto y notable por su autor. Un libro de elocuencia en esta época y publicado por don Joaquin María López, es realmente un fenómeno literario que merece consideracion.

Para calcular debidamente el mérito de una obra literaria, deben tenerse presente tres cosas: primera, la materia de que se trata; segunda, la época en que aparece; y por último, el nombre del autor: luego hacer el analisis imparcial de la obra, fijar su mérito intrínseco y determinar sus tendencias, es cosa mas fácil; sea el examen puramente filosófico, histórico, ó crítico, segun que la obra analizada pertenezca á uno de estos tres géneros en particular, en los cuales pueden dividirse generalizando los ramos todos del saber humano. Cuando la obra es didáctica, no por eso deja de tener uno de esos tres caracteres al menos.

Esto supuesto, y siendo consiguientes con tales principios, como auxiliares verdaderos de la estética, preguntaremos: «¿de qué se trata en la obra, cuya crítica somos osados formular?»—De elocuencia.

Al oír esta palabra el corazón late y la imaginacion se remonta con su raudó vuelo por los espacios increados y vé el hombre con los ojos de la memoria los muros de Meuphis, las asambleas griegas, la garganta de las Termópilas, el Capitolio y el monte Aventino, el senado romano y las águilas de Napoleón triunfantes al eco entusiasmador de su mágica palabra. Recuerda uno con ardiente entusiasmo las escenas grandiosas, los rasgos sublimes, fuente de la ver-

dadera elocuencia, que en realidad no es mas que la fórmula del mismo subime, una por tanto siempre en el fondo, porque aquel pertenece á la naturaleza humana, y varia siempre en la forma segun las diversas circunstancias de tiempo, lugar y generaciones, que es lo que hoy designamos con la sintética palabra *civilizacion*.

Bajo este punto de vista, una obra de elocuencia es siempre una cosa importante.

¿Pero la elocuencia nace en el individuo y crece con él desarrollándose segun las condiciones subjetivas y objetivas del mismo, como la planta bajo la influencia benéfica de los rayos del sol, ó es un arte y por tanto sujeto exclusivamente á las condiciones de la estética y en la cual para nada hay que tener en cuenta la disposicion natural del hombre? ¿Ó es acaso la elocuencia patrimonio exclusivo del talento brillante, de ese talento generalizador con el cual el hombre eleva las cuestiones de la especulacion práctica á la alta esfera de los principios, ó mas bien pertenece al talento analítico que de las grandes generalizaciones desciende á las clases, reinos y familias del mundo físico, científico ó moral para llegar hasta el individuo y el átomo la idea abstracta ó el principio á fin de formular teoremas, deducir consecuencias y establecer axiomas? La elocuencia es todo eso y no es nada de eso; la elocuencia existe en el fondo muchas veces, y las mas en la forma. Sin subime no puede haber elocuencia; con subime no la hay siempre; esto es, sin la forma peculiar que adopta el orador atendidas las condiciones indicadas de tiempo, lugar y asuntos. No hay nada de mas actualidad que la elocuencia, y sin embargo no hay nada mas constante ni mas eterno que la elocuencia, porque hay elocuencia de ocasion y la hay de sentimiento. Por eso es mil y mil veces elocuente el silencio: porque la violencia de una situacion dada ahoga en ocasiones la voz, esta es embargada por el sentimiento, y una mirada, un *ay!* una lágrima son frecuentemente un raudal de elocuencia, un poema de sentimiento sublime y hasta de enagenacion ó arrebató.

Varian los hombres, varian las instituciones; la mano de hierro del tiempo gasta y concluye la vida de los hombres y de las generaciones, destruye las aldeas, las villas, y los grandes pueblos, lo mismo la choza del inicio que las orgullosas ciudades de puertas de bronce y jardines aéreos, lo mismo el puente de troncos ó de barcas que las colosales fábricas de los romanos y de la edad media: el tiempo arranca montes y convierte en montañas las llanuras; todo lo cambia, á todo imprime su huella; hasta el carácter de los hombres modifica segun las diversas épocas... una sola cosa no cambia, ni varia en el fondo: el espíritu del hombre, criado para los goces infinitos y sujeto á leyes inmutables establecidas por el criador y escritas en su corazón por el dedo de Dios mismo. En ese corazón reside el sentimiento, en aquel espíritu se alberga el idealismo: la armónica fusion de ambos, formulada por la palabra del hombre, dan por resultado la elocuencia.

Bajo todos aspectos, esto es, bajo el aspecto filosófico, histórico, literario, bajo el punto de vista moral, la elocuencia es siempre una cosa superior, un fenómeno importante y que ocupa en el mundo un lugar preferente; bajo todos aspectos pues un libro de elocuencia lo es tambien.

¿Y en qué época aparece ese libro?

¿A cuán amargas reflexiones no da lugar esa pregunta al parecer tan fácil de contestar! Sin pretensiones de paradojismo al emitir nuestro pensamiento, pudiéramos decir con la verdad que nos caracteriza, y acaso con una espontaneidad un si es no es inconviniente, que el libro del señor Lopez aparece en España en la época menos á propósito y en la época en que menos necesidad hay de él; en la época en que debe pasar completamente desapercibido, como hoy se dice, y en la época precisamente mas oportuna por la necesidad que de él teníamos. Esto merece explicacion.—Vámonos á darla.

Que nuestra época es de lujo, refinamiento, sibaritismo, intereses materiales, especulacion y egoismo, es indudable; nuestra época es exactamente la década francesa que volcó en 48 el trono de 1830; es la época célebre de la regencia de Richelieu y el reinado de Luis XIV; mejor aun, es un trasunto exacto del imperio de Augusto, aunque careciendo de todo lo verdaderamente grande y bello de aquel tiempo. Nosotros los españoles, y verdaderamente los europeos todos del siglo XIX, no somos grandes en nada, somos pequeños hasta en los vicios, es decir, en su ostentacion, en su fórmula ostensible.

En épocas tales no hay fé en los hombres, y de consiguiente inútiles son los esfuerzos del pulpito, inútiles los del foro, inútiles los de la tribuna: la religion dormita entonces en las masas; la justicia quasi llega á hacerse un objeto mas de tráfico, una verdadera mercancia; y entronizándose el despotismo ó la dictadura, escluyen de la arena política á todos los que pudieran gestionar de buena fé en favor del país. En tales épocas ha sucedido casi siempre que la forma de gobierno depositaba el despotismo ó la dictadura en un solo hombre, porque la forma de gobierno así lo reclamaba, y otras, aunque las menos, el abuso de la autoridad suprema era puramente oligárquico porque se encerraba en un senado como el de Venecia que tenia en perpétua opresion al Adriático. ¿Qué tribuna podia entonces hablar cuando callaba el corazón dominando hasta sus mas légitimos afectos? Cuando el espionaje, á la manera de la Inquisicion religiosa de tiempos mas recientes, estaba formulado y reducido á práctica de la manera mas diabólica que fuese dado imaginar para llevar al tajo ó á la hoguera al débil anciano, á la pudorosa virgen ó al virtuoso mancebo?

Por fortuna hoy, y ese es sin duda el único adelantamiento positivo, el único bien real que debemos á los gobiernos mistos ó representativos, se ha hecho imposible de derecho el despotismo y de hecho la dictadura; por desgracia la tiranía puede subsistir y subsiste, sin remedio eficaz para ese mal latente de todos los países rejidos por una Constitución. Esto es muy exacto, si comprendemos con los publicistas que el despotismo no es otra cosa que el gobierno en el que el soberano es superior á las leyes, en cuyo caso el déspota puede ser un Enrique IV de Francia, un Fernando VI ó un Carlos III de España. Tambien es evidente que la dictadura ó sea la reunion temporal en un individuo de todo el poder pú-

blico, ó bien del completo ejercicio de la soberanía, cubriendo segun la frase sacramental, con un velo la estatua de la ley para rejenarar brevemente la sociedad; tambien es evitable. Recordemos lo que pasó en España en 1848, y se verá que la sola planteacion de una medida dictatorial consignada en el código constituyente de la nacion, como que facilitaba mas que nunca el abuso, fué combatida por todo un parlamento; y si el partido dominante venció contra ella en los temores y recelos fundados que los hombres de experiencia tuvieron, y por último escudados prudentemente en el principio *sulus populi suprema lex esto*: y ellos creyeron de buena fé que la débil nave del Estado, impelida entonces de oleadas de la revolucion, iba á sumergirse si no la salvaba el brazo vigoroso de un gobierno que tenia dadas pruebas en el momento del peligro de gran serenidad y fuerza. Era de una nacion; no confiada á un solo hombre, lo cual es muy diferente.

¿Y son estas épocas de discusion dulce y bonancible, como el aura embalsamada de los rios que fecunda á las flores de las márgenes, ó lo son de discusion borrascosa y tuen un punto montes de arena á muchas leguas de distancia ahogando al paso con su abrasador aliento hombres y animales?

La verdad es que la forma de estos gobiernos mata al poco tiempo el entusiasmo que se sintiera á su establecimiento; la verdad es que las teorías se ven muy pronto desacreditadas, y que se reconoce que si Sienes y Benjamin Constant creyeron encontrar la solucion del problema social de la forma mas conveniente de gobierno en el gobierno del equilibrio de los poderes públicos, no reconocieron como nuestra generacion que el equilibrio político en un país de esa manera establecido no podia existir, no era mas que un sueño, porque el centro de gravedad que obraba sobre ese equilibrio, y que es la natural propension al abuso de poder, debia al punto parar el movimiento sujetando á la sociedad el ente moral gobierno.

¿Y sin entusiasmo y sin espíritu público en favor de las instituciones, y en tiempos de goces materiales comprados á peso de oro por el individuo, queis oír discursos parlamentarios? ¿Dónde está el sublime, fuente inagotable de la inspiracion? ¿Esta no la habeis cegado vosotros con las tallas doradas del *renacimiento*, con los encajes flamencos y las cachemiras de Persia? ¿No habeis tapado los oídos de las masas con los algodones ingleses, y desvanecido sus cabezas con los vinos espumosos del Rhin, con el humo del tabaco de las Antillas, ó enagenado con el opio ó el *rachis* debilitando sus fuerzas y matando su inteligencia? ¿Dónde hay voz que despierte á una sociedad de carbon de piedra, de globos aereostáticos, de telégrafos eléctricos, de la *Bolsa*, cuando se halla dormida, como no sea aquella voz terrible que le dijo á Cain *dónde está tu hermano*, ó al encerrado en el sepulcro *Surge Lazare*? Véase por qué decíamos al principio que la obra no podia aparecer en época menos á propósito; que debe ser muy poco leído un libro didáctico, cuando la sociedad está hastiada de lectura que no sea la relacion animada de grandes y sorprendentes sucesos, ó de escenas morales que hagan latir el corazón, crispas los nervios y erizar el cabello como la novela de Dumas y Feval, de Sue y Balzac ó el drama de Victor Hugo, Ducange y Bouchardy. Pues bien: un hombre ha dicho de corazón á los que no lo tienen: si queis riquezas, goces sensuales, poder y esplendor, aspirad al ejercicio del derecho de representacion nacional que os conducirá hasta el ministerio; pero para distinguos es menester que seais elocuentes en el Parlamento: estudia y sabreis brillar... Si la sociedad está dormida, vosotros lograreis despertarla: ánimo y constancia *gutta cavat lapidem*; y la elocuencia es mas fuerte mil veces que el agua á gotas, y hasta que las hirvientes olas del Océano.

¿Y quién es ese hombre que así le habla á esta sociedad materializada y sin creencias?—Un hombre eminente salido del pueblo, educado en la escuela liberal, diputado ardiente, celoso ministro, jurisconsulto distinguido y orador de primer orden, lo mismo tribuna del pueblo empuñando el sable de la M. N. que vistiendo la toga del defensor en el templo de Themis, que haciendo la oposicion en la cámara popular un día, y hoy en la alta. Don Joaquin María López es nuestro Ciceron, como don Antonio Alcalá Galiano es nuestro Demóstenes: Galiano es el orador griego perfecto, como Lopez es el tribuna romano, aunque mas bello y mas poético siempre en la forma. Alcalá es mas académico que Lopez; Lopez es mas brillante y tiene mas sentimiento que Alcalá. Galiano embriaga y adormece con delicia al escucharle; Lopez exalta, punza y recrea con su viva y lozana fantasía. Este es el autor de ese libro que acaba de aparecer, y respecto del cual diremos que como *lecciones*, es una cosa admirable por lo que tiene de espontáneo, y como libro vale menos por lo que tiene de lo último. Lopez nació para hablar, y al querer sujetar á reglas el sonido fugitivo de su palabra esta se degenera. Sin embargo, ¿qué es la obra de Lopez considerada en globo? Un gran libro, porque hace en la sociedad veces de palanca en favor del estudio y contra los que no estudian, un libro escrito por un hombre superior y de los raros que en España no pertenecen á la inmensa falanga de las medianías.

Madrid y agosto 7 de 1851.

JOAQUIN SANCHEZ DE FUENTES.

RAPIDA OJEADA sobre la historia de la caña de azúcar, sus especies y cualidades.

(Continuacion.)

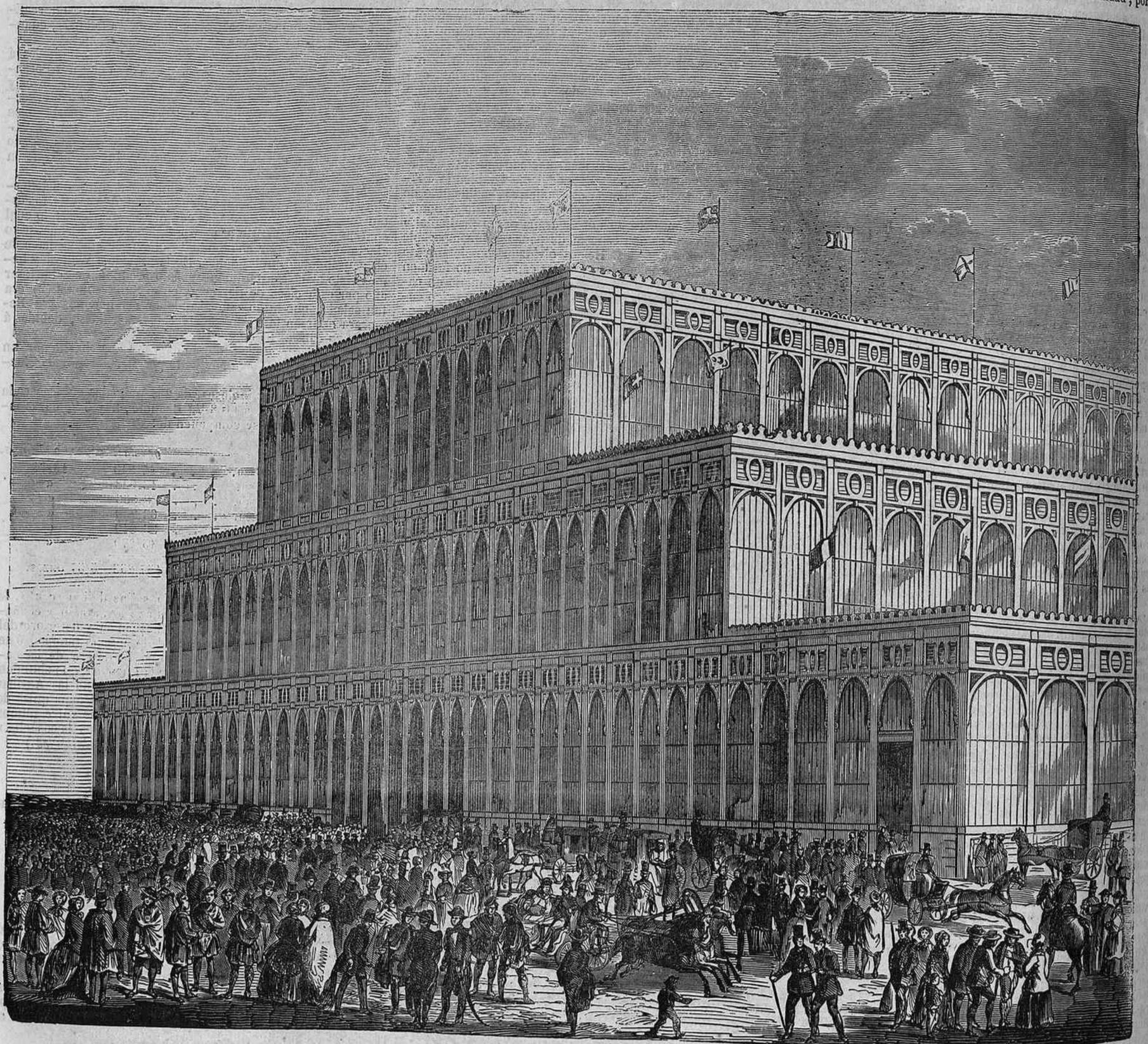
En los Estrechos, Colonias de Penang y Provincia de Wellesley, Singapore y Malacca, hay cuatro especies principales de caña. La primera es la «caña de Salangore» conocida con el nombre de «tibbo bitong bezaboo» por los



En el mes de agosto de 1850 recorriamos las bellas alamedas de Hyde Parck, entonces solitarias y sin otro atractivo que el que es comun á todos los deliciosos paseos de Londres; ni un solo objeto, ni un trabajador, ni una señal hacia sospe-

agosto tambien de 1851, nos hemos dirigido ya al mismo lugar mezclados con una multitud inmensa, compuesta de habitantes de todas las naciones del globo, para admirar el palacio mas grande, mas rico y mas magnifico que haya

tenga la esposicion de Londres, en la influencia que puede ejercer este suceso en la marcha futura de las sociedades, y no vean en él otra cosa que una enorme y riquísima exhibicion de productos, que representan por su utilidad, por su



Palacio de Cristal.—Vista lateral.

char que en aquel sitio habia de levantarse bien pronto el inmenso edificio en que debia tener lugar una de las solemnidades mas grandiosas, mas consoladoras y mas sublimes que ha celebrado nunca la humanidad. Doce meses despues, en

existido jamás. La historia y la descripcion de esta maravilla improvisada como por encanto, no puede menos de escitar la curiosidad y el interés de toda clase de personas, aun de aquellas que no se fijan en la significacion filosófica que

perfeccion, por su belleza ó por su riqueza, los progresos que la inteligencia humana ha podido hacer hasta la mitad del siglo XIX. Asi considerado, y sin tratar de una apreciacion mas lata, mas general, mas sintética, que procure bus-

car la relacion y el enlace que puede haber entre los intereses materiales allí representados y los intereses sociales, en los cuales debe indudablemente hacer algun efecto la exposicion, digno es de fijar la atencion del mundo entero un palacio, del cual Cobden, el ilustre gefe de la Liga, ha dicho lo siguiente dirigiéndose á los trabajadores de Huddersfield en el condado de York.

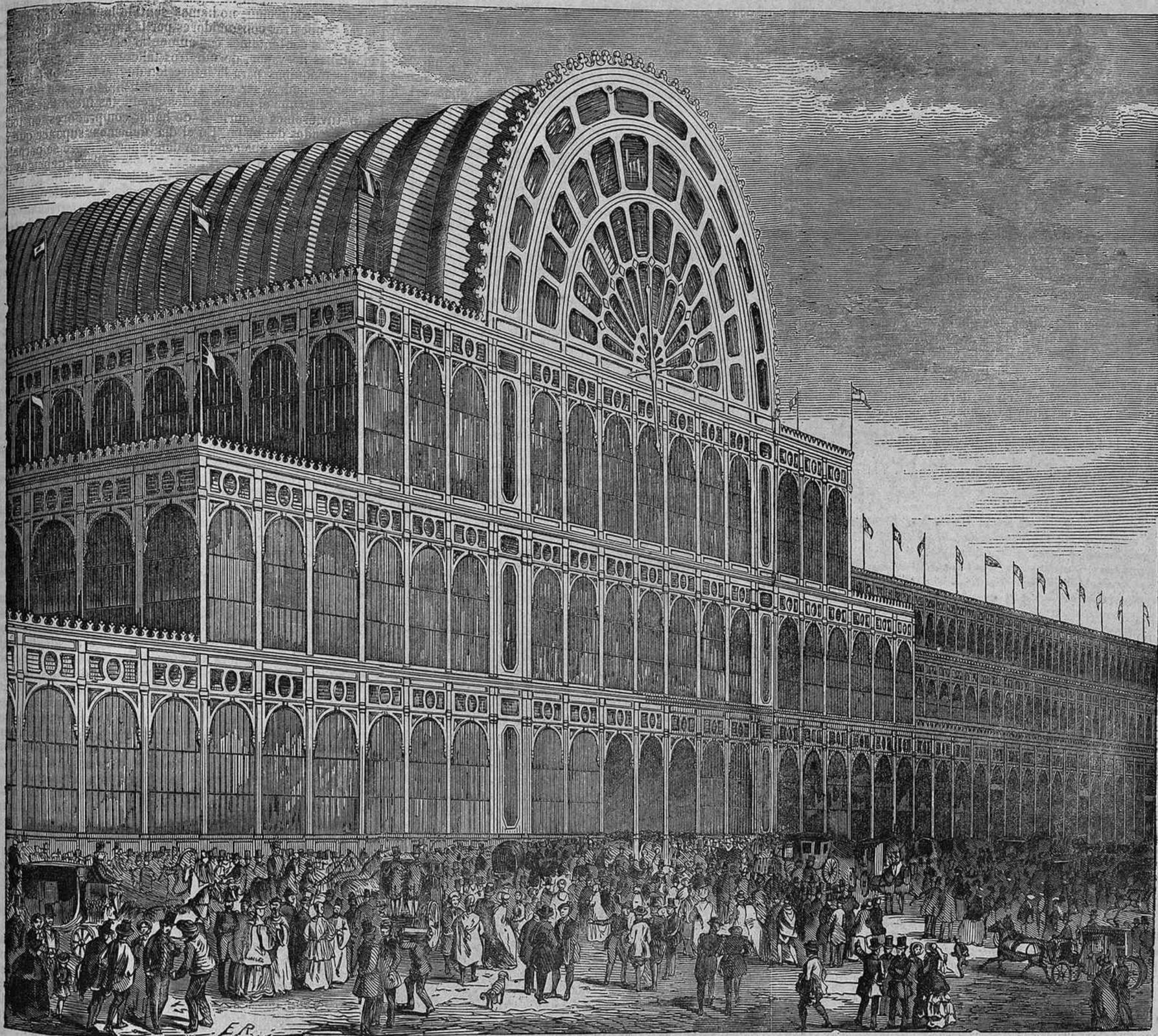
«La sola vista del edificio merece la pena de que hagais ese viage, aun cuando sea á pie. Jamás ha existido nada semejante en el mundo. En vano se citarian las pirámides de Egipto que ocupan tan vasto espacio de terreno, el Vaticano, San Pedro de Roma, el Coliseo, el Parthenon!... El talento humano no ha imaginado nunca una cosa parecida ni aun en los cuentos árabes de las mil y una noches. ¡Un palacio de cristal cubriendo un espacio de 18 á 20 acres! ¿Y qué está destinado á contener este palacio? Los productos de toda la Europa, del Asia central, de la China, de la América, de la India inglesa, de casi todas las regiones civilizadas ó no civilizadas de la tierra... ¿Habrà un hombre de razon y de juicio digno del tiempo en que vivimos, que no

nas noticias preliminares que contribuyan á formar idea de la exposicion; entraremos por último á hacer un examen bien detenido de cuantos objetos verdaderamente dignos de atencion por su utilidad, por su magnificencia ó por su novedad, encierra aquel inmenso recinto, cuidando siempre que venga el dibujo en ayuda de la descripcion, y consagramos varios artículos á juzgar con la imparcialidad que acostumbramos las diferentes agrupaciones de aquel inmenso depósito industrial, especialmente en lo tocante á la parte española.

No se nos pida orden ni método, ni clasificacion en la emision de los pensamientos ni en la descripcion de los objetos, porque ni le tienen nuestros apuntes, ni ganarian si los ordenásemos, ni sería fácil establecer una clasificacion rigurosa, ni contribuiría mas que á dar una monotonía y una pesadez insostenible á nuestros artículos, y creemos que una de las cosas que debemos procurar en ellos, es que haya variedad de materias, de objetos y de grabados.

Los que hallen placer en observar los progresos continuos del espíritu humano y las maravillas que crea, dispón-

cuya hambre está satisfecha. Nuestros abuelos, lo mismo sacerdotes, que filósofos y reformadores sociales, han cometido la injusticia de descuidar bastante la cuestion del trabajo, que es el que proporciona el sustento al cuerpo, apén-dice esencial del alma, en la tierra al menos. Tuvieron la pretension de empezar la vida por el domingo, día reservado para los ejercicios del alma y para descanso de su envoltura. y esto indudablemente fué una falta. Entremos si no en el orden verdadero, el orden indicado por el Criador. A ejemplo suyo, ciñámonos por de pronto á llenar nuestros seis dias de labor y á gastar del modo mas útil el sudor con que Dios ha condenado, para adquirirse el sustento, á todo rostro humano: vendrá despues el domingo y entonces continuaremos la conversacion sobre lo espiritual en el mismo punto á que nuestros antepasados la han conducido. Cuando todo el mundo tenga su pan asegurado, concluiremos por entendernos católicos y protestantes, absolutistas y demagogos, y mucho mejor que lo han conseguido nunca nuestros padres. Pretendian estos enseñar la primera cosa, á pensar, sin ocuparse antes de asegurar los medios de vivir, y el tiempo ha



Palacio de Cristal.—Vista de la entrada principal.

haga un esfuerzo para ir á visitar esta última maravilla de la industria y de la inteligencia humanas?»

Los que han visto la Exposicion, saben cuán justificadas estan las palabras del orador británico; pero habrán conocido también cuán imposible es recordar lo que admiraron, retener las impresiones que les ha producido la exhibicion, sin una descripcion detallada, á la cual preste su ayuda la representacion material de los objetos; este trabajo que equivale y aun es mas que una visita detenida al Palacio de Cristal, es el que empezamos hoy. Por desgracia, despues que tanto se ha dicho, que se ha escrito tanto, es casi imposible añadir nada nuevo, y debemos contentarnos con aceptar el papel de compiladores y reproductores de las ideas y las opiniones mas autorizadas, que se han ocupado de la Exposicion. Diremos en pocas palabras cuál es nuestro plan. Hablaremos algo de la significacion filosófica y social que se ha dado á aquel gran acontecimiento; pintaremos con algunos rasgos su aspecto como cuadro de costumbres; nos ocuparemos de su origen; consignaremos la celebracion de la apertura; haremos la descripcion del edificio; daremos algu-

ganse á entrar con nosotros en el Palacio de Cristal, á encontrar en cada objeto ocasion de admirarse. Nosotros cuidaremos de señalar todo lo que sea digno de atencion, de explicar y de hacer brillar lo que parezca oscuro, de recorrer en fin todos los anillos de esta grande cadena, dando los detalles y esplicaciones necesarias para su entera apreciacion.

Lo que en el dia absorbe completamente la atencion del siglo es la cuestion del trabajo: la sociedad está embebida en la vasta tarea de afanarse para crear capitales; los concilios clericales, reproduccion de las costumbres de otra edad, y aun los clubs políticos, hacen una figura ridicula y descolorida ante las reuniones industriales.

¿Censuraremos por esto al siglo? No nos sentimos con fuerzas suficientes para hacerlo. Apreciamos en su mas alto valor las discusiones religiosas y filosóficas; pero quisiéramos que no las sostuviesen sino gentes bien alimentadas. Las ideas no sufren una verdadera elaboracion en el cerebro, sino cuando este deja de estar distraido por los desfallecimientos del estómago; y no es fácil ser escuchado sino por aquellos

venido á enseñarnos á trabajar, es decir á vivir, que es la primera condicion para todo pueblo que tiene la ambicion de pensar.

Bajo este concepto la educacion de los ingleses data desde muy antiguo: puede calcularse que el tiempo consagrado entre ellos á fundar y desarrollar la ciencia del trabajo, está, con el tiempo reservado á los ejercicios de pura metafísica, en la proporcion normal, la que enseña la ley divina, como de seis á uno; esto sin embargo no les impide creerse y ser en efecto á los ojos de un observador imparcial una nacion no menos moral, no menos ferviente en materia de culto y no menos constante en sus creencias políticas, que varias otras naciones que nos abstendremos de nombrar, en las cuales se gasta la vida en vagos desvarios y en apasionadas disputas relativas á los mismos. A esta Inglaterra donde los hombres, de cualquiera profesion que sean, tienen el laudable espíritu de asociarse para fomentar sus intereses y los de su ciencia ó profesion, donde ademas poseen el elevado saber de desterrar de sus reuniones todo lo relativo á cuestiones de otra clase que reservan para ser tratadas por encargados es-

peciales, en regiones á propósito y en días reservados al objeto: á esta nación que da prueba de un juicio, de una sensatez tan eminentemente práctica, concede hoy la Providencia como en recompensa, la gloria de fundar la grande era de los jubileos industriales, á los cuales están convidados todos los fabricantes de la tierra.

Londres ha llegado á ser una nueva Jerusalem, la Sion brillante de las luces hácia la cual se dirigen los deseos de todo viajero, cualquiera que sea la clase industrial á que pertenezca.

Hé aquí los siglos en los que el peregrino de desnudos pies espuestos á la aspereza de los espinos y de los guijarros, con el rostro enflaquecido, pálido y de larga barba, ha abandonado su esclavina sembrada de conchas, su calabaza y su largo y blanco bordon; ha olvidado la época de los grandes y pequeños jubileos de Roma, la ciudad santa; sus rodillas no gastan ya las gradas de la basílica de san Pedro, la maravilla de las maravillas del antiguo mundo católico; la misma Roma se transforma en este movimiento universal, y á falta de industria, prodiga bendiciones sobre las mundanas obras de sus fieles.... Innumerables tropas de nuevos peregrinos salen de todas partes: su aspecto será menos pintoresco si se quiere, pero nos da confianza sobre el estado de su salud. Todas estas gentes van muy afeitadas, ciñen guante blanco, calzan botas de charol, y á la verdad que si comen ostras, se cuidan poco de adornarse con las conchas. Afluyen á todos los puertos del continente, impacientes por subir al buque que debe transportarlos con las obras maestras que en sus vigiliat han creado, á la isla mágica habitada por la Alcina de los tiempos modernos. Allí acuden para implorar de la industria británica una benévola mirada, una sonrisa de aprobacion, un certificado firmado de su mano, que los coloque á la faz del mundo entre los verdaderos adeptos; *satisfecit* que á su vuelta podrán mostrar con orgullo á la patria que los ha visto nacer.

¡Contraste singular! El templo de san Pedro, blanco de las piadosas peregrinaciones, objeto de las aspiraciones místicas, se presenta á la vista como una pesada masa, compacta y formada de estensas piedras sin labrar, tales como la cantera las ha suministrado; el arte ha descuidado recortarlos en aéreos encajes, en tanto que la mundana basílica, el asiento supremo de los intereses materiales, el centro modelo hácia el que convergen los apetitos sensuales, ofrece en su construcción lo mas escogido de los materiales mas ligeros: la fundición huyendo de los hornos para ostentarse en forma de esbeltos arcos, y la delicada hoja de cristal, reemplazan por doquier á la piedra. ¿Puede deducirse de esto la profunda idea de los dos arquitectos? ¿Se propuso el artista católico simbolizar en su obra la inalterable solidez del interés espiritual, que pertenece lo mismo á esta vida que á la otra? ¿ha querido confesar humildemente el artista moderno, la fragilidad de los intereses temporales? Deseáramos ver á algun sábio descifrador del sentido de los geroglíficos, á algun profesor alemán versado en la estética y el simbolismo, emplear su sagacidad en este grave asunto.

La Exposición universal que es un suceso de gran tamaño, como la apertura de una nueva era para la industria, es todavía un acontecimiento de mas bulto como influencia social, como lazo que estrecha las relaciones y los intereses de todos los países, fijando de mancomun la atención en las reformas verdaderamente útiles que deben cambiar su organización administrativa, y preparar un porvenir mas justo, mas razonable, menos gravoso para la humanidad. Estas grandes asambleas de todos los pueblos cultos de la tierra en union con el vapor que ya acercándolos de día en día, estrechando sus relaciones, haciéndolos hermanos, adelantan por momentos la época en que perezca el régimen militar, base hasta ahora del régimen temporal, para ser reemplazado por el régimen industrial, hácia el cual se encamina el progreso moral é intelectual de todas las naciones del occidente de Europa. No se necesita un gran talento previsor para comprender, si se considera la tendencia de nuestra época, que la exhibición de Londres es el principio del reinado de la industria, llamado á concluir con el de la fuerza bruta, que por tantos siglos ha dominado el mundo. Está mas próximo que se cree el día en que la milicia sea tan deshonrosa, como lo ha sido por tanto tiempo el trabajo; en que la industria sustituya á las armas; en que el origen de toda posición social sea el trabajo, dando á esta palabra la extensión debida, así como por muchos siglos el origen de toda nobleza era el elemento militar. Si el poder industrial es incompatible con el poder militar, como es de todo punto indudable, no cabe duda en que la Exposición universal, que es un gran paso hácia el reinado de la industria, aproxima inmensamente este cambio que debe realizarse infaliblemente, no porque lo aconseje el apóstol de esta ó la otra escuela socialista mas ó menos practicable, el inventor de tal ó cual sistema político, bueno ó malo, sino porque la experiencia y la razón le aconsejan á la humanidad, como indispensable para consolidar el mayor bienestar posible.

Mucho se ha hablado de la necesidad de crear asambleas internacionales, y de establecer congresos de la paz: seguramente el pensamiento es laudable; pero sin buscarle é impensadamente, llegamos con las Exposiciones universales á la solución de un problema tan decisivo y general.

El alemán, el belga, el francés, el español, atravesando el canal de la Mancha; el ruso, dejando el Báltico, el americano lanzándose con su habitual intrepidez hácia nuestra Europa; todas las naciones, en fin, todos los hombres, ya aislados, ya reunidos en masa, que tocan prácticamente la necesidad de facilitar mas y mas las comunicaciones, que tratan de cerca á los habitantes de la nación, rival hasta entonces de la suya, que reconocen la estupidez de esos odios añejos y absurdos de país á país, que piensan como consecuencia de esta reflexión en la inutilidad del presupuesto de guerra que pagan los estados, cuando con él podrían cubrirse en muy poco tiempo todas las naciones de caminos de hierro, que hicieran una verdadera y fecunda revolución en la condición moral de los pueblos; todos estos hombres, decimos, ¿á qué contribuyen con las nuevas ideas que iluminan su entendimiento poderosamente, mas que á la paz universal? Dichoso quien vea lucir el día en que nadie se precie de ser inglés, belga, francés, alemán, español ni holandés, porque sea mas glorioso pertenecer á la patria comun del trabajo y de la inteligencia.

En un órden de conjeturas menos elevado, no es menor tampoco el beneficio material de las Exposiciones, por mas que se exageren sus inconvenientes.

Estas grandes solemnidades serán para los industriales, para los maestros y oficiales, una estensa y ventajosísima escuela de enseñanza mútua, donde cada uno con alguna inteligencia y un poco de aplicacion, aprenderá fácilmente á saber observar, á resignarse, y á utilizar y tener presente todo lo nuevo. Los productos manufacturados de un mismo género, pero de origen diverso, no se juzgan bien sin aproximarlos para estudiarlos y compararlos con meditacion. Para formar una idea exacta de los instrumentos del trabajo, se necesita ver manejarlos y ponerlos en movimiento. Preciso es pues convenir en que en ninguna parte se consigue esto con mas comodidad y economia, que en el recinto de una exposicion universal: si en ella el hombre inteligente pierde algo, que considere las adquisiciones que en cambio puede hacer.

Si como se ha dicho, uno de los infinitos resultados de la Exposición era establecer un sistema uniforme de pesos, medidas y monedas con arreglo al tipo decimal francés, imagínese lo que esto facilitaría las transacciones comerciales. Como esta deben esperarse otras muchas ventajas, que nosotros no tenemos ahora ni ocasion ni espacio para indicar.

Y no hay que temer que este movimiento se paralice tan pronto como concluya la Exposición de Londres: una vez dado el primer paso, no es fácil detenerse en el camino. Las exposiciones se repetirán, con la circunstancia de celebrarse por turno en diferentes naciones, contribuyendo así á estrechar mas y mas sus lazos: ya hay diferentes proyectos de otras, entre los cuales apuntaremos ligeramente el que á nosotros nos parece mas acertado.

Cinco grandes exposiciones creemos que podrían en igual proporcion repartirse el mundo productor, con no menos facilidad que provecho: esto admitiendo que las distancias, lo mismo que los períodos, no serian muy largos.

Se trata ya de una Exposición universal americana cuyo centro sea Nueva York, el punto, en efecto, mas frecuentado y mas conocido por el comercio. No debe perderse de vista esta excelente idea: es preciso al contrario, abrazarla con ardor y hacer lo posible por sostenerla y conducirla á su realizacion.

La América ha asistido cumplidamente á la fiesta de las naciones antiguas en civilizacion, para que á su vez ocupen estas un lugar en el banquete á que ella les convida. Hé aquí la escena que se prepara para 1852.

Una Exposición universal en Berlin, centro del Zollverein y de la gran familia alemana, reemplazará á las anteriores en el año siguiente. Al Austria le seria indudablemente penoso desempeñar un papel secundario en una Exposición puramente alemana; pero no será así ciertamente en una Exposición del trabajo de todas las naciones.

El año de 1854 es la época destinada para la Exposición francesa. ¿Quién pondrá en duda que ha de convertirse en una Exposición universal, y ofrecer á su vez la hospitalidad que los otros pueblos habrán ya dispensado á la Francia? París por su situación privilegiada ofrece ventajas extraordinarias que no es posible desconocer.

Una Exposición en San Petersburgo llenaría dignamente el quinto período que indicamos. Muchas razones nos hacen abogar en favor de semejante eleccion. La Rusia ha entrado con lucimiento en la carrera de las solemnidades industriales. La Rusia es ademas geográficamente el punto mas central entre los pueblos asiáticos y el Occidente y puede convertirse en un campo de relaciones que á todos será muy ventajoso. Disponiendo la Exposición para la época de algunas de esas celebradas ferias, en las que desde tiempo inmemorial se reúnen los productos mas importantes de la fabricacion y de la producción natural del Asia, podrá ofrecer objetos de infinito interés, y seguramente que no será esta Exposición la que menos atractivos tenga.

El deseo, la esperanza de todos debe ser que la feliz y provechosa institucion que comienza ahora tenga el mas grande porvenir posible. Es necesario que cada uno se disponga desde luego á poner en juego los medios de conservar y extender el círculo de las Exposiciones universales. Cada pueblo, cada industria, cualquier grande ramo del trabajo, deben hallar en ellas su lugar y su interés.

Una vez sentadas estas bases, hay que examinar los medios de poder organizar estas grandes solemnidades con la mayor comodidad y conveniencia posibles para cada uno de los que en ellas quieran tomar parte.

Se ha quejado vivamente la Francia, y aun otros países, del puesto que la Inglaterra se ha reservado y ocupa en el Palacio de cristal. Verdaderamente esta reconvenion es de todo punto injusta. ¿Hay cosa mas natural ni mas razonable, que la nación que abre las puertas de su casa á la Exposición y que soporta el principal gasto, ponga su mayor empeño en desarrollar todas sus fuerzas y que demuestre á los demás pueblos todo lo que es capaz de hacer? En contra de este derecho se nos dirá: que la comodidad, la economía, y la mayor facilidad de los transportes lo mismo para las personas que para las cosas, no justifican semejante pretension. ¡Oh! sin duda: si la Inglaterra fuese sola á proporcionar y continuar una solemnidad semejante, este precedente seria poco justificable; pero como admite voluntaria un concurso alternativo, no es digno de critica el que se anticipa á sentar por regla que la mitad del espacio debe reservarse siempre para los productos nacionales. Es indudable que solo por falta de reflexión se condena esta determinacion que nosotros consideramos juiciosa y justa.

Hemos encontrado diferentes veces algunos espositores que se preguntaban antes de abrirse la exposicion; si les darian buena acogida los ingleses: porque desconocian que la Inglaterra de hoy no es ya la Inglaterra de hace cincuenta años. Allí, como en todas partes, se han suavizado las costumbres, las preocupaciones han perdido su fuerza. Si la hospitalidad inglesa es aun hoy prudente y reservada, es porque para ellos este proceder es, por decirlo así, como una especie de ensayo. A medida que el extranjero se da á conocer, en beneficio suyo, aquella circunspeccion se cambia en una confianza llena de abandono, de sinceridad y de desinterés. Mas de temer es, lo confesamos, que los espositores extranjeros, que deben por un momento formar parte, digámoslo así, de la familia inglesa, acierten por sus obras

y por las comunes esperanzas de triunfo, á mostrarse siempre como dignos huéspedes.

Descendiendo ahora del fin que los ingleses se han propuesto al provocar esta Exposición, pondremos á continuación el análisis de un discurso pronunciado recientemente por Cobden en la escuela de dibujo fundada por los fabricantes de Manchester. Creemos que aunque hace relacion casi exclusivamente á la industria francesa, no deja de tener interés para los hombres pensadores de todos los países.

«A aquellos, dice, que se pasman de que los productos ingleses sean inferiores bajo el punto de vista del buen gusto á los de otras naciones, á pesar de que los envidian por su calidad y bajo precio, le contestaremos que si así sucede, es probablemente porque aquella propiedad es la última que consideramos como necesaria. La naturaleza ha sido pródiga con nosotros: nos ha concedido la hulla, el hierro, el plomo, el cobre, el estaño, la pizarra, y otros minerales, pero con mas abundancia que en todas las naciones del continente. Añádase á esto que nuestra posición geográfica y nuestros puertos nos aseguran el mas inmenso monopolio de las ventajas comerciales de Europa. Favorecidos hasta un extremo tal por la naturaleza, en un siglo en que el vapor es el gran móvil de la producción, no hemos sentido la necesidad de hallar á nuestros consumidores por la superioridad de la belleza. Nos contentamos con aumentar el número de nuestras máquinas de vapor, de nuestros talleres de tejidos y de algunas máquinas para la impresion de las telas: el gusto, la elegancia podría ser acaso de mas utilidad; pero para eso era preciso que el precio de los productos fuese tan ínfimo, que tuviésemos seguridad de hallar compradores en todos los mercados del globo. En el día debemos suponer que no hay en la tierra una comarca donde por siempre se perpetúe la bárbara ignorancia del gusto y de la belleza; debemos por lo mismo tratar de mejorar la calidad y el estilo de nuestras producciones industriales, si hemos de continuar dando la ley en el mercado. No temo en el porvenir la rivalidad de ninguna nacion de Europa. Si de alguien en el mundo temiésemos que estar separados, será de nuestros hermanos del otro lado del Atlántico, que tienen la hulla y el hierro en cantidades cien veces mas considerables que nosotros, si bien algo lejos del litoral, y de una explotación no tan fácil.

«A pesar de esto no debemos desdeñar la competencia de los franceses como manufactureros. Carecen de carbon de piedra, de hierro, y de puertos; pero en cuanto á manufacturas, son iguales en la tierra á cualquiera otra nacion. Como comerciantes sobrepujan en mucho los ingleses á los franceses: pero como fabricantes, por la delicadeza de su gusto, por su destreza y por la práctica en la aplicacion de la química y de la mecánica á la organización de las fábricas, marchan los franceses, de hecho, á la par nuestra. Si la naturaleza les hubiera concedido las mismas ventajas que á nosotros, hubieran hecho todo lo que nosotros hemos hecho. ¿Queréis una prueba en los tejidos de seda? Visitad el taller Jacquart; ¿queréisla en la estampacion de las telas? Apenas poseemos un color que no sea de invención francesa; apenas tenemos una combinacion de sustancias para producir efecto, que no la hayamos tomado de la Francia. En cuanto á gusto, no hay mas que decir, sino que vamos ciegamente al remolque de ella. No sabemos qué moda seguir, ni cual adoptar nuestras damas, sin tener antes conocimiento de la que preparan los franceses para la próxima estacion.

«Como comerciantes, ya es distinto; no pueden rivalizar con nosotros; les falta la fé y la audacia comercial que nosotros tenemos. No vereis nunca á un francés despachar un cargamento de mercancías para la costa occidental de la América del Sur ó para la China, consignarlos á un cualquiera que jamás haya visto, y retirarse despues tranquilamente á su casa de campo á esperar con una perfecta confianza el día en que dichas mercancías se depositen ventajosamente, se adeuden á su cuenta, y en que el buque venga de allá con un nuevo cargamento apropiado á otro cualquier mercado. Los franceses, como comerciantes, son cortos de talento y faltos de instruccion; pero, repito que no debemos desdeñarlos como manufactureros.

«El vapor y las comunicaciones rápidas cambiarán, antes de poco, de una manera tal la faz del mundo, que para hallar compradores no será bastante que los géneros tengan un bajo precio, sino que sobresalga en ellos el gusto y la belleza. Si echo una mirada sobre el cambio que se ha verificado en Manchester, tengo obligacion de confesar que hemos realizado grandes progresos en esta nueva via. Lejos estan ya las telas de que se visten nuestros criados de aldea y hasta el mas humilde labrador, de aquellos sayos azules de marinero que llevaban hace veinte años. Pues bien: lo mismo sucede en toda la superficie del globo: de aquí á pocos años, todas las naciones del mundo civilizado tendrán desarrollado su gusto á imitacion del de la Francia. Hasta ese apartado Oriente, cuyo genio estuvo aletargado en el espacio de muchos años, hasta las mismas tribus del centro del Asia, arrojan á un lado los diseños de que se han servido desde tiempo inmemorial, y se dedican á imitar el delicado gusto de las fabricaciones francesas. En las escuelas de dibujo establecidas en Lyon y en Saint-Etienne, ha sido donde se creó el gusto francés: preciso es, pues, que la escuela de dibujo de Manchester preste un servicio igual á la vieja Inglaterra.»

Teniendo ahora en cuenta que el objeto de las frases que acabamos de citar, era estimular á que los fabricantes ingleses hagan algo por refinar el gusto de sus productos, preciso es dejar sentado, porque así es cierto, que la única cualidad que hasta aquí se ha notado de menos en muchos de los productos de la fabricacion inglesa, es precisamente ese gusto, ese conocimiento de la belleza en la figura y de armonía en los colores, y que la exposicion universal ha sido el medio mas á propósito que podian emplear para corregir esta única falta é inocular el buen gusto entre sus industriales; y en caso de que esto se resista decididamente á su natural organizacion, para desenvolver en ellos la facultad de copiar las formas de la elegante coquetería y para ejecutar reproducciones bastante exactas á fin de que el mas crecido número de los consumidores gasten mayor número de copias que de originales.

La innumerable porcion de extranjeros que durante el transcurso de la Exposición visitarán á Londres, no podrán,

sin embargo, dejar de admirarse de las propiedades que caracterizan en general los productos ingleses: á saber, perfecta preparacion reunida al bajo precio; en esta parte preciso es convenir que no conocen rivales: ninguna nacion, en mucho tiempo, será susceptible de resolver como ellos ese difícil problema.

(Continuará en el próximo número.)

VIDA DE FRANKLIN,

POR MR. MIGNET,

MIEMBRO DE LA ACADEMIA FRANCESA.

(Continuacion del capítulo II.)

Acaso tenia razon en desconfiar de la prudencia de su hijo. Franklin cometió en esta ocasion su segunda *errata*, haciéndose culpable de una falta, menos grave acaso que la primera en cuanto á la intencion, pero de muchas mas consecuencias. Un amigo de su familia, cuyo nombre era Vernon, le dió el encargo de cobrar la cantidad de 33 libras esterlinas, que le debian en Filadelfia. Este depósito, que hubiera sido necesario guardar hasta que su dueño lo hubiese reclamado, fué invertido por Franklin, que tuvo la debilidad de valerse de él para ayudar á sus propios amigos. Estos eran dos compañeros de estudio y de incredulidad, no faltos de talento, pero holgazanes; muy diestros en argumentar y aun en escribir, pero inútiles para ganar la vida en las colonias, y por último, tan fecundos en proyectos como escasos de medios para ejecutarlos. Le habian acompañado desde Boston á Filadelfia. Llamábanse Collins el uno y Ralph el otro. Los dos vivieron á sus espensas, el primero en Filadelfia y el segundo en Londres, cuando fueron juntos á esta ciudad antes de terminar aquel mismo año. Como el salario que Franklin ganaba no era suficiente para tantas atenciones, echó mano del dinero cuya cobranza se le habia confiado. Tenia intencion de resarcirlo luego; pero ¿cómo podría hacerlo? Felizmente para él, Vernon no se lo pidió hasta mucho mas tarde.

Esta falta, que atormentó su conciencia por espacio de muchos años, y que tenia suspendida sobre su honradez una especie de amenaza terrible, no fué su última *errata*. Al llegar á Filadelfia, la primera persona que le llamó la atencion fué una muchacha, casi de su misma edad, cuyos modales agradables y cuyo aire de dulzura y formalidad le inspiraron tanta aficion como respeto. Esta jóven que seis años despues fué su esposa, se llamaba miss Read. Empezó á enamorarla, y ella sintió hacia él el mismo amor que le habia inspirado. Cuando volvió de Boston y se presentó al gobernador Keith, que siempre insistia en llevar adelante sus benévolos planes, encaminados tambien al interés de la colonia, le dijo:

—Puesto que el padre de usted no puede costearle el establecimiento, yo me encargo de hacerlo. Déme usted una nota de todo lo que es necesario traer de Inglaterra y enviaré por ello. Usted me pagará cuando pueda. Quiero que haya aquí un buen impresor, y estoy seguro de que usted lo será.

Franklin presentó las cuentas que le pidieron; y creyó que la suma de cien libras esterlinas seria suficiente para comprar una pequeña imprenta, que él mismo debia ir á comprar á Inglaterra por insinuacion del gobernador y con cartas de recomendacion suyas.

Antes de embarcarse, hubiera querido dar la mano á miss Read; pero la madre de esta creyó que los dos eran demasiado jóvenes todavía, y aplazó prudentemente el casamiento para cuando Franklin volviese de Londres y estableciese su imprenta en Filadelfia. Despues de haber concluido (son sus mismas palabras) un *cambio de dulces promesas con miss Read*, salió del continente americano acompañado de su amigo Ralph. No bien puso el pié en Londres cuando vió que el gobernador Keith lo habia chasqueado. Las cartas de recomendacion y de crédito que le habia ofrecido espontáneamente, no las habia enviado á causa de una estraña disposicion de carácter, el deseo de ser servicial le hizo prodigar promesas, y la vanidad de ser el primero en sus favores le condujo á ser embustero. Ofreció lo que no podia cumplir, y era funesto para los mismos á quienes queria ayudar sin tener la menor intencion de perjudicarles.

Franklin, en vez de ser amo, se vió en la necesidad de seguir de dependiente. Se detuvo diez y ocho meses en Londres, donde trabajó sucesivamente en casa de los dos impresores mas célebres, Palmer y Wats. Primero entró como prensista, y luego trabajó de cajista. Mas sóbrio, mas trabajador y previsor que sus compañeros, tenia dinero abundante, y aunque no bebia mas que agua, pagaba siempre en las tabernas la cerbeza que ellos bebian muchas veces alfiado. «Este pequeño favor, dice, y la reputacion que tenia de gracioso y de saber manejar la sátira, mantuvieron mi superioridad entre ellos. Mi exactitud no agradaba menos al principal, porque nunca sacrificó el *lunes*; y la prontitud con que componia era causa de que siempre me encargasen los trabajos mas apremiantes, que generalmente son los que se pagan mejor.» Su amigo Ralph vivia de sus costillas, y ademas le debia grandes cantidades que Franklin le habia prestado de sus ahorros; pero su amistad no tuvo mejor fin que la de Collins con el mismo Franklin. Collins se hizo diábolico, borracho, imperioso é ingrato; rompió con Benjamin antes de la salida de este de América, y fué á morir á las islas Barbadas, ayo del hijo de un holandés rico. Ralph, á pesar de su talento literario, se vió en la precision de establecerse en una aldea de maestro de escuela. Despues de haberse casado en América, contrajo en Londres un compromiso con una jóven modista, á la cual visitaba Franklin con frecuencia en ausencia de Ralph, y aun le proporcionaba el dinero de que habia menester y que ella no podia ganar con su trabajo. Pero poco á poco fué aficionándose á su trato hasta el punto de manifestárselo y olvidar completamente á miss Read. Esta fué la tercera de sus *erratas*; mas no solo se hizo culpable de olvido con respecto á ella, sino que cortejó á la querida de su amigo, y cometió su cuarta y última *errata*. Permióse con ella ciertas libertades que fueron

rechazadas, como él mismo confiesa, con un *justo resentimiento*, sabido lo cual por Ralph, cesó toda especie de amistad entre ambos. Ralph manifestó á Franklin que su conducta anulaba sus obligaciones y hasta le dispensaba de toda gratitud y pago, por lo cual nunca le devolvió las 27 libras esterlinas que le debia.

Despues de haber reflexionado sobre el abandono de sus amigos y sobre sus propias faltas, varió Franklin de máximas. Los principios viciosos de Collins, de Ralph y del gobernador Keith, que lo habia engañado; la poca firmeza de sus creencias morales, que le habian conducido á romper el compromiso contraído con su hermano, á violar el depósito confiado á su probidad por Vernon; á olvidar la promesa de recuerdo y de afecto hecha á miss Read, y á intentar la seduccion de la querida de su amigo, le convencieron íntimamente de la necesidad de imponerse reglas fijas para las ideas, é inviolables para la conducta. Quedé convencido, dice, de que la *verdad*, la *sinceridad*, y la *integridad* en el trato con los hombres, eran de la mayor importancia para la felicidad de la vida, y formé por escrito la resolucion de no desviarme nunca de ellas mientras viviese. Esta resolucion, que tomó á la edad de diez y nueve años, la cumplió hasta los ochenta y cuatro. Fué reparando sucesivamente todas sus faltas, y no volvió á cometer ninguna. Con arreglo á ideas razonadas, logró llenar deberes ciertos, y aun supo elevarse hasta la virtud.

¿Cómo consiguió todo esto? Vamos á verlo.

CAPÍTULO IV.

Creencias filosóficas de Franklin.—Su arte de la virtud.—Perfeccion de su conducta.

Leyendo el libro de los Proverbios de la Biblia, vió Franklin esta máxima: *La vida larga está en tu mano derecha, y la fortuna en tu izquierda*. Cuando examinó mejor el órden del mundo, y conoció las condiciones bajo las cuales puede el hombre conservar su salud y procurarse la felicidad, comprendió toda la sabiduria de aquel proverbio. Pensó que en efecto, dependia de él vivir mucho tiempo y ser rico. ¿Qué se necesitaba para esto? Conformarse con las leyes naturales y morales que Dios le ha dado al hombre.

El universo es un conjunto de leyes. Desde los astros que gravitan hace millones de siglos en el espacio infinito, siguiendo los poderosos impulsos y atracciones invariables que les ha comunicado el ser supremo, autor de todas las cosas, hasta los insectos que se mueven algunos minutos solamente en la hoja de un árbol, todos los cuerpos y todos los seres obedecen aquellas leyes. Leyes admirables, que concebidas por la inteligencia de Dios, realizadas por su bondad, y conservadas por su justicia, han introducido el movimiento con toda su perfeccion, extendido la vida con toda su riqueza, y conservado el órden con toda su armonia en la inmensidad del universo. Colocado en medio, pero no sobre ellas, hecho para comprenderlas, pero no para cambiarlas, sometido á las leyes materiales de los cuerpos y á las leyes vivientes de los seres, el hombre, la criatura mas grande y complicada de todas, ha recibido el don magnifico de la inteligencia, el bello privilegio de la libertad, el sentimiento divino de la justicia. Por eso, como es inteligente, debe saber las leyes del universo; como es justo, debe someterse á ellas; como es libre, si se desvia de ellas, es castigado, porque no puede traspasarlas, ni en el órden físico, ni en el moral, sin recibir el castigo de su ignorancia ó de su falta. Su salud ó su enfermedad, su felicidad ó su desgracia, dependen del cuidado con que las observe ó de la peligrosa perseverancia con que falte á ellas. Esto es lo que Franklin comprendió.

Remontándose de la contemplacion del órden del mundo hasta su autor, afirmó la existencia de Dios y la estableció de una manera inmutable en su inteligencia y en su conciencia. De la diferente naturaleza del espíritu y de la materia, del espíritu indivisible y de la materia perecedera, reconoció conviniendo con el buen sentido de todos los pueblos y los dogmas de las religiones, tanto de los mas embrutecidos como de los mas ilustrados, la permanencia del principio espiritual ó la inmortalidad del alma. De la necesidad del órden en el universo, del sentimiento de justicia en el hombre, dedujo la recompensa del bien y el castigo del mal, en esta vida ó en la otra. La existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la remuneracion ó el castigo de las acciones segun eran conformes ó contrarias á la regla moral, adquirieron á sus ojos la autoridad de dogmas verdaderos. Su creencia natural tomó la certidumbre de una creencia revelada, y compuso para su uso particular una pequeña liturgia ó forma de oraciones, titulada *Artículos de fé y actos de religion*.

Para esta religion filosófica se necesitaban preceptos de conducta. Franklin se los impuso. Aspiró á una especie de perfeccion humana. «Yo desearia, dice, vivir sin cometer ninguna falta en ningun tiempo y corregirme de todas aquellas en las cuales una inclinacion natural, la costumbre ó la sociedad me hiciesen incurrir.» Pero las resoluciones mas fuertes no puede prevalecer de repente contra las inclinaciones y los hábitos. Franklin conocia que es menester vencerse poco á poco, y perfeccionarse con arte. Le pareció que el método moral era tan necesario para la virtud como el método intelectual para la ciencia, y por consiguiente recurrió á él.

Hizo una exacta numeracion de las cualidades que necesitaba y que queria adquirir. Con objeto de facilitar la práctica de ellas, las distribuyó entre sí, de suerte que se prestasen una fuerza mútua, sucediéndose en un órden conveniente. No se limitó á clasificarlas, sino que las definió con exactitud, para saber bien lo que debia hacer y lo que debia evitar. Hé aquí el curioso cuadro que compuso, dando trece nombres á los trece preceptos que se propuso seguir:

«I. TEMPLANZA.—No comas hasta saciarte: no bebas hasta embotar tus sentidos.

«II. SILENCIO.—No hables sino de aquello que pueda ser útil á tí ó á los demas.

«III. ORDEN.—Que cada cosa tenga su lugar fijo. Dedicar una parte de tu tiempo á cada uno de tus negocios.

«IV. RESOLUCION.—Forma la resolucion de ejecutar lo que quieras hacer, y ejecuta lo que hayas resuelto.

«V. FRUGALIDAD.—No hagas gastos inútiles para tí ni para los demas, es decir, no prodigues nada.

«VI. INDUSTRIA.—No pierdas el tiempo; ocúpate siempre de algun objeto útil. No hagas nada que no sea necesario.

«VII. SINCERIDAD.—No emplees ningun rodeo; que la inocencia y la justicia presidan á tus pensamientos y dicten tus palabras.

«VIII. JUSTICIA.—No culpes á nadie, y haz á los demas el servicio que tienen derecho á esperar de tí.

«IX. MODERACION.—Huye de los extremos; no causen en tí las injurias el resentimiento que crees que merecen.

«X. ASEO.—No permitas ningun género de suciedad en tí, ni en tus vestidos, ni en tu habitacion.

«XI. TRANQUILIDAD.—No te alteres por bagatelas ó por accidentes ordinarios é inevitables.

«XII. CASTIDAD.—Haz pocos sacrificios á Venus, solo por razon de la salud ó por aumentar tu familia, sin contraer pesadez de cabeza ni debilidad de cuerpo, sin peligro de comprometer tu tranquilidad, tu reputacion ni la de otro.

«XIII.—HUMILDAD.—Imita á Jesus y á Sócrates.

Esta clasificacion de las reglas de una moral verdaderamente práctica que no recomienda sacrificar las inclinaciones de la naturaleza, sino dirigir las bien; que no conduce á la abnegacion sino á la honradez; que prepara al individuo á ser útil á los demas, siéndolo para sí mismo; de todo punto á propósito para formar un hombre y encaminarlo con rectitud y buen éxito por la via árdua y trabajosa de la vida; esta clasificacion, decimos, no tenia nada de arbitraria para Franklin.

(Continuará.)

De la amistad entre las mugeres.

La amistad es la pasion de las almas sensibles y generosas: para el egoista y el misántropo este afecto no existe. Para el débil existe tambien la amistad, porque no se alimenta del valor ni de la grandeza del alma, sino que ella hace valiente y magnánimo el corazon en que se abriga. La amistad es como la yedra en el árbol, nada puede separarla del tronco que ella hace mas robusto, y cuando el huracán ó la segur derriban el árbol muere tambien la yedra. La amistad no solamente se sacrifica, no solo da magnanimidad, no solo hace el corazon mas sensible, si que tambien purifica el hombre interior, haciéndole mas virtuoso, esto es, mas humano, mas benéfico, mas justo. La amistad, siendo hija de los sentimientos generosos, les da pábulo, los desarrolla y alimenta poniéndoles en estado de llevar al amor hasta el heroísmo.

Si la amistad es hija de los sentimientos generosos, en ningun sitio puede tener mejor albergue que en el corazon de la muger. Ella es sensible y generosa, ella está organizada para los afectos, y no hay ninguna organizacion tan á propósito como la suya para alimentar la amistad.

Sin embargo, la amistad entre las mugeres es rara; algunas veces, como otros muchos, hemos creído que la causa estribaba en la organizacion de la muger; pero ahora al hacernos cargo de algunas observaciones que hemos tenido lugar de hacer, creemos haber encontrado el verdadero motivo de ser muy rara entre ellas la existencia de este afecto.

La muger es capaz de amar ilimitadamente; su adhesion es tanto mas robusta, cuanto mas débil es su naturaleza comparada con la del hombre. Esta circunstancia que puede dar por resultado una amistad heróica, es una de las causas que priva su desarrollo. Así vemos frecuentemente que sacrifica la amistad mas sincera al afecto de un hombre para el cual apenas habia experimentado una débil simpatía. ¿Proviene esto de un carácter veleidoso, de una naturaleza no organizada para la amistad? No; la mision de la muger es la familia, y ella está tan penetrada de su destino, que en cualquiera coyuntura todo lo pospondrá ante la probabilidad de haber llegado la época en que debe cumplir su mision.

Sin embargo, vedla en la desgracia, vereis cómo se ase á la mano protectora que enjuga sus lágrimas, al ser que se dedica á protegerla; experimentad como su reconocimiento se convierte en un afecto sincero, que ni el amor maternal ni el que profesa á su marido no son bastantes á debilitarlo: el tiempo ni las circunstancias no llegarán nunca á hacerla olvidar la generosa accion con que ha sido favorecida. Si su posicion social no es inferior á la de su protector, la amistad y una amistad sincera, una amistad que cultiva con afan, viene á reemplazar al reconocimiento. En casos de esta naturaleza es en donde está evidente que la organizacion de la muger es á propósito para la amistad. Fuera de estos es difícil reconocer la amistad en las mugeres.

Porque la muger colocada ya en la familia en el rango de esposa y madre, su corazon está tan lleno de estas afecciones, que la amistad viene á ser para ella un lujo en los sentimientos del corazon. El hombre, ya por sus trabajos, ya por sus negocios, por su ambicion ó su gloria, está en relaciones constantes con los objetos superiores, y necesita por consiguiente un amigo, un apoyo, un guia, un consejero, que al paso que le preste las luces y experiencia que no hallará en la familia, pueda tambien contar con su afecto para poder obrar en confianza; así es que tiene necesidad de estudiar el corazon de los demas: y ¡qué mucho que se una con su compañero con los vínculos de la mas robusta amistad, cuando, no solo ha encontrado simpatías, si que tambien inclinaciones, gustos y convicciones iguales ó parecidas á las suyas! La muger por el contrario apenas tiene otras relaciones que las interiores ó de familia; sin moverse de ella cumple sus deberes, satisface sus deseos, y en ella tiene todos los objetos queridos, única necesidad de su corazon.

Pero con todo, cuando, por razon de circunstancias de que todavía no hemos hecho mérito, la muger siente la necesidad de unirse con otra muger que se encuentra en igual caso, muy frecuentemente algunas calidades generales á casi todas las mugeres vienen á interponerse entre esas dos almas simpáticas, y privan el desarrollo de la amistad dejándola incompleta ó menguada. Para observar mejor este fenómeno debemos hacernos cargo de la vanidad,

esto es del deseo muy vivo de la aprobacion de los demás, de la veneracion hácia los mas de los objetos, y de su tolerancia. Todas esas cualidades hemos observado que tienen una preponderancia inmensa en la amistad de las mugeres.

La vanidad ó el deseo de la aprobacion de los demás, el orgullo ó un amor propio muy desarrollado son cualidades contrarias á la amistad: así es que si no prepondera el sentimiento de lo justo, los individuos que posean aquellas, jamás llegarán á ser verdaderos amigos, ni á inspirar este afecto. Para dos personas amigas todas aquellas cualidades no existen: porque cuando ellas tienen mucha preponderancia en un carácter, matan ya en flor las primeras simpatías que experimentan. Un individuo vanidoso ú orgulloso deja con mucha frecuencia de ser franco; y si es expansivo, es para obtener la aprobacion de los demás, para que le admiren y aprecien en lo que es objeto de su vanidad. Mas la amistad es toda solidez, juicio, razon, es la verdad, en cuanto á las cualidades respectivas de dos amigos. Las mugeres en la actualidad poseen mas que los hombres las cualidades indicadas contrarias á la amistad.

La veneracion que profesamos á los objetos que respetamos, es en la muger un sentimiento tanto mas fuerte, cuanto en sus débiles racionios no se atreve á analizar el objeto, no ve sus imperfeccio-

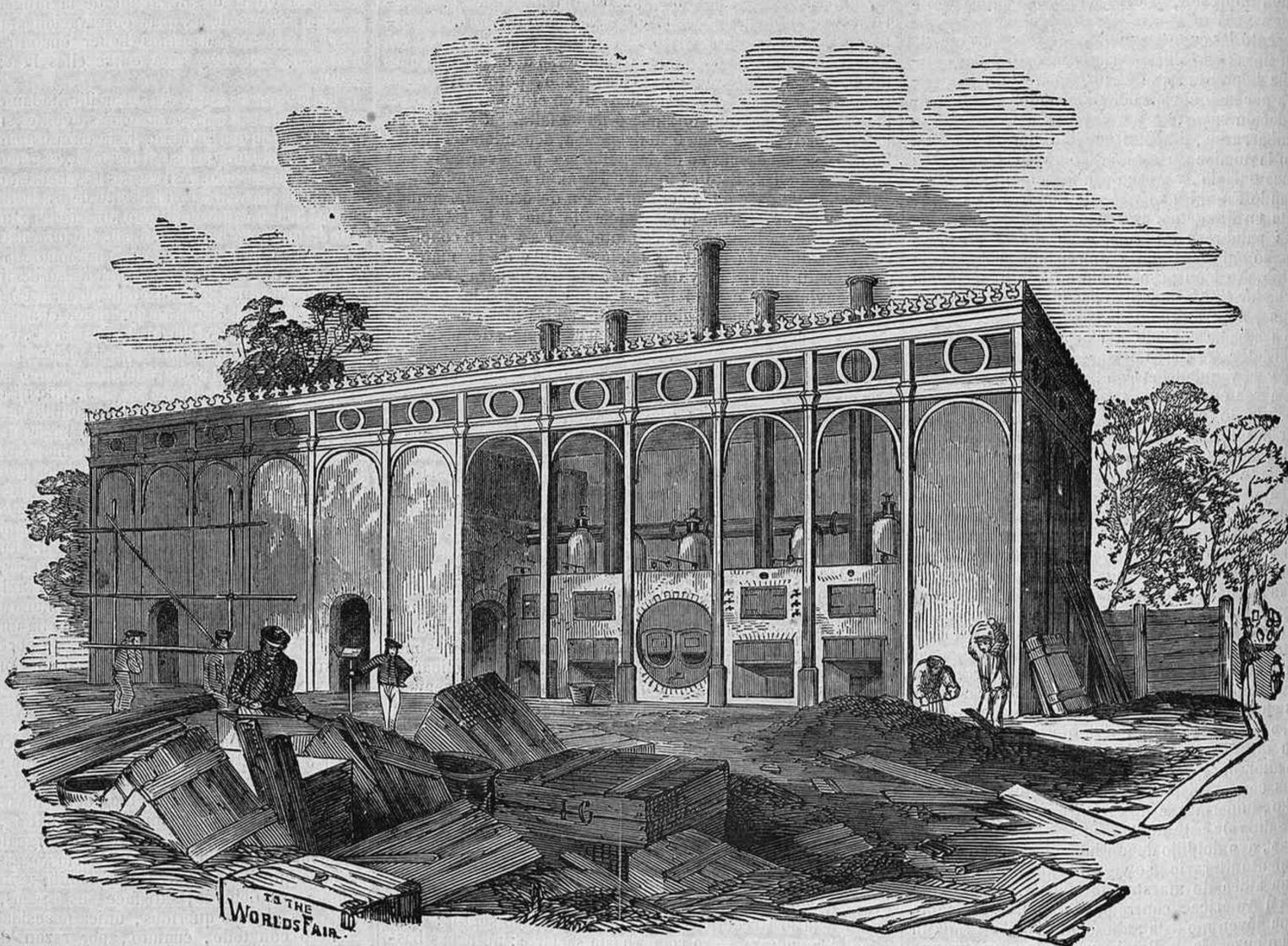
nes, y le estima; pero como el sentimiento de la amistad está fundado sobre la certeza, por lo menos moral, de las cualidades que se suponen en el amigo, debemos sacar en consecuencia que el respeto y la veneracion son en la muger otra de las causas que se interponen entre ella y la persona venerada, y privan el desarrollo de la amistad.

Siendo la muger tolerante para con los estranos, lo es en demasia para con las personas que le merecen algun cariño: la tolerancia de la muger algunas veces es tan estensa, que llega á autorizar los mismos vicios, y sin embargo, como la amistad no tiene otro fundamento que la simpatía, necesita educacion, y la demasiada tolerancia es un obstáculo para el logro de esta.

Reasumiendo ahora cuanto hemos indicado tan someramente, debemos decir que en la posicion que ocupa la muger en la familia, y sobre todo cuando es esposa y madre, y en circunstancias normales, raras veces llegará á poseerse enteramente del afecto de la amistad; que en el caso de existir alguna simpatía, por vehemente que sea, con una persona de su mismo sexo, por lo general, la amistad no será profunda. Pero si las circunstancias favorecen la amistad, proporcionando casos en que tenga lugar este afecto, y las dos mugeres son dignas la una de otra, entonces por necesidad deberá existir entre ellas una verdadera amistad.



Palacio de Cristal.—Vista general interior.



Le Rollier Housse; edificio construido junto al Palacio de Cristal. para las máquinas de vapor que dan impulso á todos los productos de maquinaria que funcionan en la Esposicion.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Albaubra, Jacometrezo, 26.